

"LOS elegidos de los dioses mueren jóvenes". Frase gastada, indudablemente, pero la vida encarna de vez en cuando tales certezas, construye de tal modo sus designios, que las reseca sentencias cobran un nuevo y súbito resplandor, una clave humana exacta, y, por exacta, indescriptible.

Y los dioses, bajo sus palios sombríos, entregan a la criatura, como compensación, el peligro, la pasión, el vuelco inaudito, a menudo el estupor o la locura. Terribles, desoladoras síntesis.

En el ámbito de esas vidas increíbles, situamos la vida de Carlos de Rokha, nuestro querido amigo, desaparecido ahora, pero resuelta, definitivamente vivo como poeta, encima del tiempo.

Estableciendo su propia norma, imponiendo su ritmo interior a la tragedia externa, vivió entre fuegos cruzados, escuchando sólo el módulo ciego de su intuición; surgía, entonces, vertiginoso, dramático, recalcitrante, hecho sólo de grandes incendios. Como un leño que ardía, se fue desgastando en una pirotecnia molecular, a costa siempre de sí mismo, sin medir nada, sin tasar nada, y, lo que es más trágico aún, sin pedir nada.

Carlos fue el ángel sediento, desinteresado, atormentado, que cumplía una sola función en el mundo, una sola función, y ninguna otra, una función primordial, impuesta por el destino de su organización psíquica, y hasta física, pues todos sus rasgos acusaban al poeta sin redención posible. Era, así, el poeta irremediable, el poeta sin salvación, condenado desde la partida. Terrible, triste, envidiable destino.

Realizando su arte fuera de todo cálculo, viviendo fuera de todo cálculo, su obra de creación posee una resonancia infinita, una certidumbre ilimitada, que deja en el sentimiento la sensación de los vastos espacios, de los vértigos en equilibrio. Aun en la covintura desgarradora, Carlos vivía lejos de los subterráneos, lejos de todo reducto, siempre en dirección hacia un cielo al que no oscurecían las cenizas de sus volcanes.

Sin embargo, nadie como él vivió en las grandes tormentas mentales, nadie penetró tan hondamente en las noches negras como saco de sílice", cuya oscuridad lo sumió en los más tremendos asombros; mas, nadie como él, también consiguió transmutar los elementos de su creación en esferas incandescentes, en imaginaciones cruelmente puras, que no excluían, por su candición hondamente humana, la problemática del hombre de nuestro tiempo furioso.

Mientras en el mercado persa de las oportunidades tantos se prostituyeron en concesiones, cuyos dividendos se expresaban en la hora siniestra de las partijas, la poesía de Carlos de Rokha mantuvo enhiesta la dignidad de su realización y de su esencia. El drama social, sí, pero arriba, en la copa del luminoso árbol, sin el déficit emocional del enanismo de los tontos graves o los simplistas.

Modesto, porque no ignoraba cuánto valía; fraternal, porque la fraternidad constituía la intimidad de su índole; furioso, cuando era necesario defender los fueros del arte, sin transigir jamás; niño, únicamente en lo que sobrepujaba la corteza de su poesía, pero anciano en el conocimiento fundamental; Carlos, el gran amigo de todos, el amigo de la irreprochable lealtad, despreció el aplauso transitorio a cambio de una labor silenciosa jamás interrumpida. Muchos libros suyos, ineditos, están temblando en el viejo baúl, prestos a arrojar sus esquirlas de belleza sobre los ojos capaces de resistir la luz que enceguece.

Predestinado remador en las galeras del arte, escribió, o pintó, en toda circunstancia, a cualquier hora de la noche o el día, devorando madrugadas, solitario o en medio de las multitudes, abstraído, casi ausente. Mientras el horror de las diminutas obligaciones nos avasallaba el alma, él, viajero ignoto, estaba lejos, en el mundo de las emociones, de las imágenes y las palabras.

Su muerte, como su vida, no excluyó la sorpresa. La sombra descendió sobre él como un ángel, durante el sueño; pero él había ascendido hacia el sueño tantas veces, quemándose el plumaje en cada tentativa, en cada vuelo, que consiguió robar a la eternidad las briznas con que construyó su permanencia terrestre.